

CON intervalo de unos días han fallecido dos grandes figuras de la cultura española: Américo Castro y Max Aub. Aun separados por una diferencia de edad que casi determinaba generaciones distintas, y entregado cada uno de ellos a una disciplina literaria distinta, hay en sus vidas suficientes rasgos paralelos que resaltan, incidentalmente, con la casi simultaneidad de sus muertes.

Eran, en primer lugar, dos españoles que venían de lejos. Américo Castro había nacido en el Brasil; Max Aub, en París. Si Castro era ya español por sus padres, a Max Aub nada parecía destinarle a ello: era hijo de padre alemán y de madre francesa, y no fue ciudadano español hasta la mayoría de edad, aunque ya entonces el castellano era su primer idioma —con el valenciano— y los otros —el alemán, el francés— unos asideros a su cultura; como iban a serlo para Américo Castro, universitario de la Sorbona de París, y en Alemania (además, claro, de en España, donde fueron sus maestros Menéndez Pidal y Giner de los Ríos). Había, probablemente, en los dos, otro asidero cultural más lejano, el del judaísmo.

Estos dos españoles venidos de fuera iban también a tener que volver a irse. Compañeros de república, fueron también compañeros de exilio, y lo fueron también de regreso, para llegar a serlo, finalmente, de muerte. Américo Castro vivía en Madrid prácticamente aislado, solitario, retirado: era sobre todo un imperativo de su edad —ha muerto a los ochenta y siete años— que de su carácter, que había sido batallador, polémico, discutidor. Como Max Aub, que, por ser más joven, lo seguía siendo. Llegó a ser Américo Castro ciudadano de los Estados Unidos —fue profesor en universidades americanas—; y Max Aub no fue ciudadano mejicano porque, simplemente, no encontraba necesidad de serlo, siendo español. Pero no puede caberle a nadie la menor duda de que los dos eran, sobre todo, grandes españoles, y habían volcado su vida y su obra —que es lo mismo, en estos casos tan extremos de vocación y dedicación— a España, a su explicación, a su conocimiento más profundo. Si Max Aub había elegido el camino de la ficción y de la



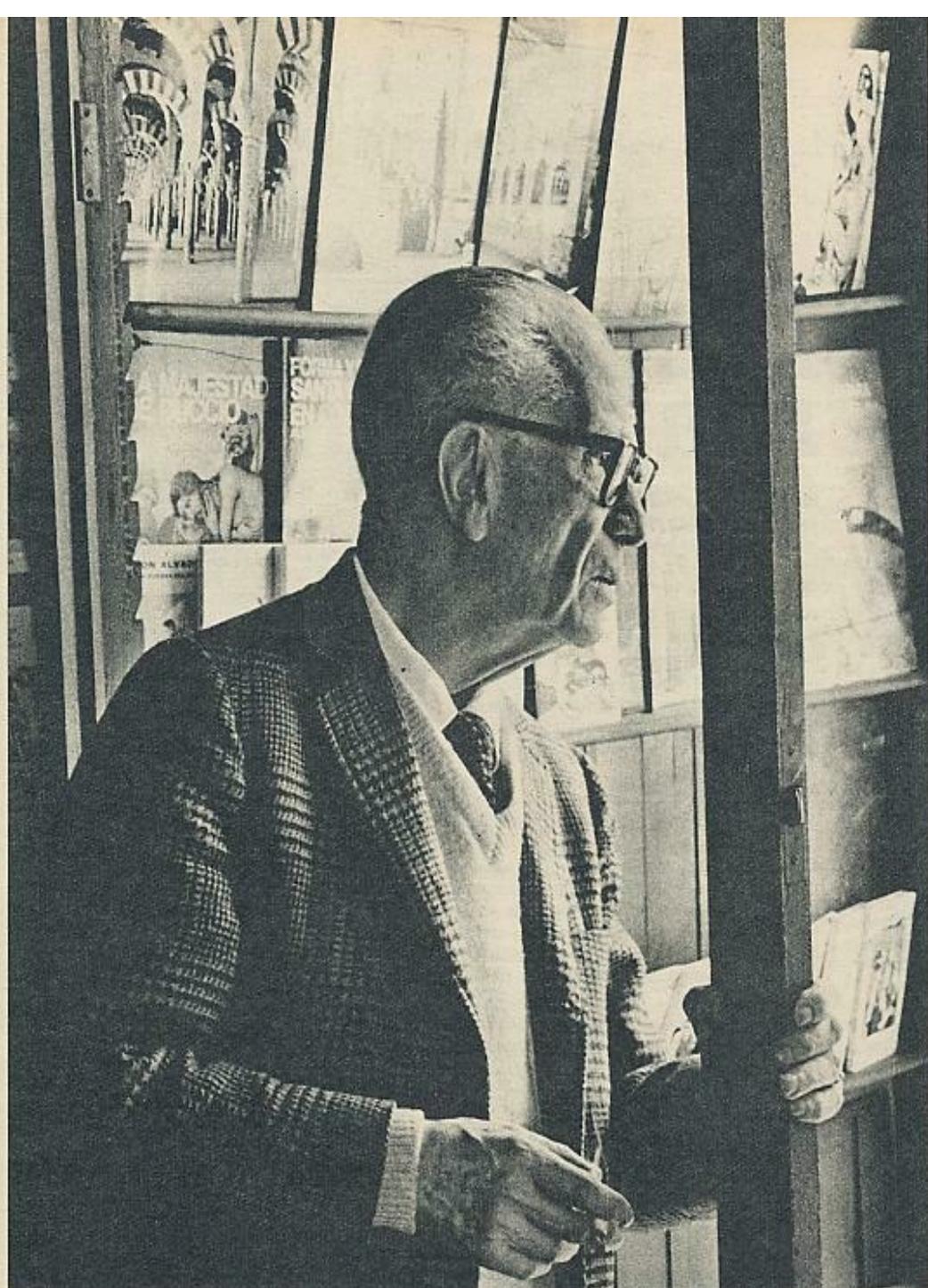
LOS PA

AMERICO CASTRO

fantasía, no se despegaba, en cambio, de la realidad histórica de España —título, por cierto, de un libro fundamental de Américo Castro—, sobre todo en la Historia reciente de la guerra, a la que Max Aub había dedicado, además del «Laberinto mágico» —la serie de los «Campos»— muchos textos

y, sobre todo, muchos estudios: en las referencias históricas, Max Aub era de una aterradora minuciosidad, y buscaba testimonios, datos y hechos confirmados antes de citarlos. Solamente que para él la realidad de España era una realidad fantástica. En uno de sus libros, «Campo francés»,

citaba la guerra con esta frase: «Un suceso de esta importancia sólo podía acontecer en un país tan fuera de la realidad como España». Américo Castro, historiador riguroso, científico, formado en las mejores escuelas, buscó siempre la explicación de esa realidad. Aún así, dejaba un am-



Es cierto que este paralelismo —y no homologación— entre Américo Castro y Max Aub no habría brotado sin la coincidencia de sus muertes, como es cierto también que llevado al extremo, a querer apurar la oportunidad y la coyuntura, no arrojaría más que disparates. Pero hubiera podido brotar también con cierta facilidad en otra coincidencia de alguna de estas figuras y otra distintas, o entre dos distintas, porque en realidad se trata de miembros de un mismo grupo cultural. Una de las insistencias de Max Aub, últimamente, era la de no diferenciar, entre escritores, entre intelectuales, el interior y el exilio, ni aún las diferencias políticas o de matices —y aun de abismos— ideológicos (lo que le molestaba eran los tráfugas): para todos, la patria es el castellano, el fondo cultural es el mismo, los acontecimientos, unos solos, con todas sus interpretaciones abiertas. Sin embargo, no cabe duda de que todo un grupo de intelectuales españoles dedicados a la observación, sin duda apasionada, de España, ha tenido que hacerlo desde lejos. Con un distanciamiento. Casi la mitad de la vida de Américo Castro, más de la mitad de la vida de Max Aub, se ha producido fuera de España, sumando al exilio los viajes vocacionales y de estudios. No hay que dudar de que esto da una determinada óptica, un estilo especial, una forma determinada de contraste. Por eso el paralelismo, que periodísticamente brota de una simultaneidad de sucesos —la muerte en México de Max Aub y en España de Américo Castro— puede honestamente establecerse, y pueden las dos figuras cotejarse, como se podrían cotejar con algunas otras, sobrevivientes o caídas en el camino, de sus compañeros de dramática aventura.

En este paralelo, ofrecemos ahora a nuestros lectores un texto que si tenía ya patetismo y emoción cuando se publicó, multiplica ahora esas fuerzas: la semejanza de Américo Castro escrita por Max Aub, el relato de su encuentro en Madrid, en el paralelismo del regreso. Están publicadas en «La gallina ciega», libro publicado en México (Joaquín Mortiz) en diciembre de 1971 y no distribuido aún en España. ■

RALELOS

TRO-MAX AUB

plio campo libre a la especulación. Quizá una de sus más importantes aportaciones a la cultura española haya sido precisamente esta de abrir la Historia, de convertirla en un ancho campo donde toda tesis es posible, frente a la Historia cerrada y dogmática; entender el amor a

España como a un amor a su conocimiento total y a sus interpretaciones varias, y no solamente a una línea de hitos y de mitos. Obra naturalmente discutible: y al escribir aquí «naturalmente» se hace no como una apoyatura verbal, sino para explicar que esa era su naturaleza, la de

ser discutible. Una de sus grandes discusiones la tuvo con Claudio Sánchez Albornoz —otra enorme figura de la Literatura y la Historia—, cuyas líneas —desde lejos, también— no han querido faltar, ahora, en el homenaje a la muerte del gran historiador.



AMÉRICO CASTRO POR MAX AUB

ESTA igual que hace veinte años. Existe otro: el de la negra barba. Pero este de ahora, a los ochenta y cuatro años, está igual que cuando encaneció y se rasuró; con idéntico empuje, valor, ardimiento, arrebato, arranque, temple, furia, brío y animosidad contra sus enemigos reales o imaginarios de arriba abajo, con nombres y apellidos que parecen —por lo bien que les van— inventados. Quijote de sus convicciones, decidido a destrozarse a sus contrarios, todos malandrines por el hecho de no pensar como él —tal como debe ser en cualquier español de buena cepa—, no usa de jactancia ni de afectación, ofuscado de la mejor manera, sin temer ni a rey ni a roque. Firme como siempre en lo suyo, templado y entero para enfrentarse a cualquier adversidad, cree de su deber no dejar de despotricar contra follones; ardido, con alas e higado, brío y corazón, denuedo y agallas.

No parecen —no se le nota en nada— afectar tantos años de Universidades norteamericanas, como no sea en la falta de su biblioteca, que se quedó, en prenda, en La Jolla.

Le sigue encantando trufar su indignación con frases de su francés singular. ¿Dónde no ha dado clases este hombre? Aquí hablara dallas, aquí debieran haberle recibido en andas, bajo palio; aquí debían de haberle pedido, de

rodillas, que enseñara a tanto ignorante. Y nada. La enorme mayoría ni siquiera sabe que está, y vive en Madrid, Américo Castro.

¿Quién sabe hoy de Historia y Literatura Española más que él? ¿Quién ha elevado a la cultura de nuestro país, en este tiempo, un monumento que se pueda comparar a su obra? Se rompió y se rasgó las manos en pro de un concepto —discutible, ¿quién lo niega?— altísimo de lo español, y, ¿no hubo de festejarse su regreso con grandes demostraciones de alegría? Nada. Ahí, en su rincón, peleando con sus editores extranjeros.

¿Quién le da aquí lo que merece? A escondidas. Huele a azufre este terrible revolucionario de la Historia y de las Letras. ¿Reviviría el Centro de Estudios Históricos? ¡Oh, espanto! ¡Cuidado, españoles!... ¡Ahí viene el coco Américo Castro, teorías en ristre; todavía verde, espléndido, lleno de vida; comiendo y bebiendo como el que fue siempre; de los buenos!

¿Cómo no voy a recordar, sentado frente a él, aquel banquete a Federico, en que estábamos apretadísimo en un banco o sillas muy juntas, sentados frente a Vegue y Goldoni, que le soltó —con gran éxito— aquello de:

—Américo: esto no es el pensamiento, sino el pensamiento de Cervantes...

¿Cuándo era? El libro se publicó en 1925. Y sigue en lo suyo, que es lo de todos, con la de todos, con la misma fe, idéntico saber universal.

Moros, judíos y cristianos le deberían reverenciar. De los moros sé poco; de los judíos, que le odian, y de los cristianos que aquí le rodean no habría poco, en mal, que decir; ni él de ellos.

¡Ay, don Américo, qué envidial! ¡Saber cuáles son los follones que no dejarán de serlo y tener la seguridad de la propia salvación y del eterno castigo de tanto necio! Todos esos que no saben de la Misa la mitad...

En la exposición de Manolo Angeles Ortiz, llega, del fondo de la sala, la gran mole de Ontañón, brazos abiertos, para el estrecho abrazo interminable:

—¡No hemos cambiado nada!

Extraordinario de vitalidad. Tal vez no hayamos cambiado nosotros... Pero los que nos rodean, a la fuerza, sí. Son otros. Así podemos darnos el lujo de ser los mismos.

Cena con Américo. Su perra con su libro en poder de Finisterre. ¿No lo quiere publicar? ¿No se atreve a añadir tanto como ha encontrado? No lo sé. No lo sabe. Pero duda, y en ella lo hace todo menos abstenerse. Es el «leitmotiv» de la conversación. Pero entre una y otra vuelta a lo mismo, ¡cuánta claridad sobre los españoles! ¿Por qué se han de haber entremetado siempre? ¿Por qué no se vislumbra ninguna luz acerca de una posibilidad de convivencia? ¿Por qué no pueden ser amigos más que los de la misma calaña?

Saca a relucir a norteamericanos, belgas, suecos, franceses. Se le podría replicar volviendo atrás. Su preferencia por el socialismo escandinavo no puede hallar objeciones. A veces, hallazgos graciosos: el comunismo ruso está calcado sobre la Iglesia ortodoxa: «la más reaccionaria de todas». Come y bebe como en la flor de la edad. Corresponde su apetito a la viveza de sus reacciones, a la agudeza de su espíritu. ¡Eh!, jóvenes, ¿dónde sus Américos de hoy?

LA MUERTE DE MAX AUB

El trasterrado Max Aub acaba de morir. Hace apenas un par de meses abandonó Madrid, cerrando su segundo viaje a España desde el año del exilio. La ironía no ha querido poner una falsa nota consoladora en lo que merece todo el desconsuelo. No ha muerto en Madrid «rodeado de sus viejos amigos», listo para

ser enterrado en su tierra. Ello hubiera supuesto poco menos que la negación de su desesperada obra americana, llena de amor a México y de agonía por el obligado desarraigo.

La obra literaria de Aub es vasta e importante. Dramas, novelas, cuentos, memorias, ensayos, llenaron toda su vida. Con todo, a mi me parece que Aub es uno de esos escritores en los que el personaje pesa más que ninguna obra en concreto, o, dicho con otras palabras, en los que cualquier creación literaria nos remite, directa o indirectamente, a la periferia biográfica del autor. Max es, en definitiva, uno de los grandes cronistas de

nuestro tiempo, obligado por las circunstancias a testimoniar sobre el dolor y el destino de millones de personas. La línea «inmediata» de su obra, pasados los primeros tiempos de ensayismo pirandelliano, se ciñe a la aventura histórica de un intelectual español de izquierda. Intentó un «teatro popular», de significación crítica muy precisa en los años de la República; escribió un «teatro de circunstancias» durante la Guerra Civil; vivió a España desde el exilio mejicano, compartiendo el destino de millares de vencidos. Sólo por todo ello, la obra de Aub tendría asegurada supervivencia como gran documento político y literario. Ningún

temor, por lo demás, de que un documento así envejezca pronto. El riesgo existiría si Aub se hubiera quedado en la anécdota. Pero toda su obra excede esa dimensión para descubrir una serie de conflictos fundamentales en la historia de nuestro tiempo. O, más concretamente, en la historia de la izquierda de nuestro tiempo.

Se diría que Aub se ve obligado a rehacer su imagen política del mundo a partir del 39. Soplan vientos hitlerianos en toda Europa, y Francia, imagen ilustrada y liberal de tantos españoles a lo largo de tantos años es el domicilio hostil, el campo de concentración, de los que acaban de per-



INEDITO DE AMÉRICO CASTRO

UNA ANOMALIA DE LA CULTURA ESPAÑOLA

teamericana sobre temas españoles; es, en cambio, muy escaso lo contribuido por España, lo que necesita leer el extranjero respecto de la vida y cultura de su propia tierra, pensado y escrito en español.

Me ha costado casi veinticinco años dar con el motivo de tamaña anomalía, y mucho de ello se publicó fuera de España. Aunque algunos de esos libros están en varias lenguas, y en general son odiados por las llamadas izquierdas y derechas, su área de difusión ha ido ampliándose, especialmente en este año. He de añadir que mi obra y mi persona me tienen sin cuidado, tanto como las mentiras o los silencios de los unos o de los otros. Me importa mucho, por el contrario, lo expuesto por TRIUNFO en ese número que ustedes "celebrarian" —me dicen amablemente— "mereciere mi favorable juicio". Tan favorable es, que me anima (in discretamente) a sugerirles sigan ocupándose del asunto, de un asunto sobre el cual nadie habla, a saber: ¿por qué no hay "egiptólogos" españoles, o "chinólogos", o "anglicistas", o "germanólogos", o "francesistas", etcétera? Ni siquiera hay palabras para designar algunas de esas ocupaciones.

Se dice a veces, sofisticadamente, que tales estudios no permitirían vivir. ¿Pero cómo se ocupan de eso y mucho más, gentes modestas fuera de España? Además, ¿no hay en la clase rica algunas personas interesadas en hacer algo más que aumentar su fortuna? Hay aristócratas en Francia e Inglaterra que

son científicos de gran renombre. El padre del actual príncipe de Mónaco era oceanógrafo de verdad, y el Rey de Suecia viene a excavar de verdad a Italia.

¿Publicará alguna vez un español un libro, grande o pequeño, que obligue a tenerlo en cuenta a los especialistas, que en sus países se ocupen de su propia cultura? Los suecos (en 1887) se han ocupado del dialecto asturiano antes de que nadie en España supiera qué era eso; George Ticknor escribió la primera historia de la literatura española, hacia el 1840, cuando los españoles no tenían ninguna (la obra fue traducida al español, francés y alemán). Ticknor era un americano, de familia rica, de Boston, a quien su familia envió a ampliar sus estudios en Heilderberg, etcétera.

Tal vez no sea posible dar dimensión periodística a este asunto, juzgado antipático, o poco patriótico, o inútil para la Iglesia —la de Roma, o la de Marx, Mao, etc.—; en suma, no "rentable", como he aprendido, dicen, al volver yo a España. Olvidenlo y discúlpenme, si así es; alego como atenuante el interés producido por el "Extra" de TRIUNFO.

Américo Castro

A la lectura del número especial de TRIUNFO, dedicado a la cultura española del siglo XX, don Américo Castro nos envió una carta que, por su fecha, puede considerarse, sin duda, como uno de sus últimos escritos. Aunque la carta era privada, la importancia de las ideas que en ella expresa sobre su propia obra y sobre los estudios acerca de España, nos mueven a publicar un amplio fragmento que puede contribuir a dilucidar mucho de la personalidad del gran historiador.

MIS muchos años y otros insuperables obstáculos (yo mismo los creo) me impiden colaborar en ningún diario, pero privadamente les diré que España continuará al margen de la civilización occidental mientras los extranjeros se ocupen de España en libros, revistas y diarios, y los españoles nada escriben, que por fuerza hayan de tener presente los de fuera, acerca de su cultura. Yo estudié en la Universidad la historia de la literatura española en un manual traducido del inglés. Hay revistas hispánicas en varios países, eruditos de fuera editan clásicos españoles (el mejor comentario del "Libro del Buen Amor" es obra de un italiano). Es enorme la bibliografía europea y nor-

der una guerra civil con la maresca entre sus himnos. Combatidos el fascismo y la chauvanismo reaccionario del Modelo demoliberal, a Aub le quedará todavía el enfrentamiento con el stalinismo y con el despotismo de invocaciones revolucionarias. Hombre combativo y lúcido, enemigo de cualquier militancia, su libertad jamás le conduce a la ambigüedad, aunque puedan pensar otra cosa los más maniqueos.

La historia de Max Aub es, por lo demás, una historia que invita a muchas reflexiones. Hasta un momento dado de su vida, pareció apostar por los vencedores. Luego ya fue siempre el vencido

que no cede, el escritor que rechaza cualquier falso refugio y prefiere hacer de sus derrotas un estímulo ético y poético. La lista de las cosas que quiso y no alcanzó sería muy larga. Nada le arredró, sin embargo, y escribió drama tras drama, aunque apenas le estrenaran, y se ocupó ininterrumpidamente de España, aunque aquí no se publicasen sus obras durante años. La amargura final del escritor —reflejada en esas dolorosas memorias del primer regreso, que ha titulado «La gallina ciega»— está más que justificada, así como su oscuro sentimiento de pertenecer a una historia, a una sociedad y hasta a

una Academia de la Lengua que sólo existían en potencia, como un camino cegado.

Un grupo, del que Max formaba parte, luchó contra las características de la escena española. Aquello les valió en los periódicos la socorrida calificación de vanguardistas. Pero, en realidad, representaban una conexión con los movimientos teatrales europeos que luego se perdería durante muchos años.

Max escribió un libro de epítafios. Entre otros muchos, porque Max fue un hombre rico en vidas y sufrimientos, podríamos escribir este: «Aquí yace un español que se empeñó en escribir

hasta el final y que, pese a perder tantas veces, no claudicó jamás». ■ J. M.

LIBROS DE CASTRO Y AUB

Dentro de la sección «TRIUNFO recomienda» (página 49), y como homenaje a Max Aub y Américo Castro, hallará el lector los títulos de ambos autores que pueden encontrarse en el mercado librero español. Naturalmente, tanto Castro como Aub escribieron muchas más obras (Aub publicó más de un centenar) de las que pueden adquirirse en España, país que —no es ocioso recordarlo— era el suyo.